

¿Cómo va el cine colombiano?

Jerónimo Rivera Betancur

Cuando se habla de cine colombiano es común que salgan a flote expresiones como: “Todo es violento”, “dicen muchas vulgaridades”, “es aburrido”, “se ve muy pobre” o “son puros chistes tontos”. Aunque estas afirmaciones tienen un sustento real, reducir el cine colombiano a ciertas características comunes, como si fuera un género en sí mismo, solo demuestra que realmente lo conocemos muy poco.

Los espectadores pueden adoptar dos posiciones extremas que poco ayudan a que el cine nacional funcione como debería: criticar sin verlo o “apoyarlo” por lástima. La primera, evidentemente, sólo genera prejuicios y es injusta con los buenos productos que cada año se estrenan después de largos procesos de producción, y la segunda es paternalista y condescendiente y no exige a los realizadores un esfuerzo por comprender y agradar al público contando buenas historias. Frente a los colosales presupuestos de Hollywood (una sola de sus películas puede costar lo mismo que el Estado colombiano ha invertido en 12 años de “Ley del cine”), las cintas nacionales deben apuntar a aquello que Hollywood no muestra ni le interesa mostrar: nuestras realidades más cercanas, historias locales con valores universales.

Con la promulgación de la Ley 814 de 2003 (“Ley del cine”) el Estado colombiano puso en marcha un ambicioso paquete de incentivos que se materializó, entre otros proyectos, en el Fondo para el Desarrollo Cinematográfico, las Comisiones Fílmicas nacionales y departamentales, los incentivos tributarios para empresas que apoyen el cine y los apoyos automáticos para la promoción y participación de largometrajes colombianos en eventos internacionales.

En términos de producción, el balance es más que exitoso. Del presupuesto del Fondo para el Desarrollo Cinematográfico –FDC–, el 70% se destina a la realización de películas, fundamentalmente de largometrajes de ficción. De aproximadamente diecinueve películas estrenadas en la década de 1990 (después de la desaparición de Focine), la cantidad de películas va en aumento año tras año y en 2016 los estrenos colombianos llegaron a treinta y ocho, cifra que puede subir en los próximos años. Por supuesto que se trata de un balance muy positivo, pero el problema será el momento (no muy lejano) en que se haga una mayor cantidad de películas de las que se pueden exhibir.

Hacer una película implica un proceso arduo y costoso. El proceso de producción de un largometraje en Colombia (desde la pre-producción hasta la postproducción) puede durar entre tres y seis años en promedio y costar más de un millón de dólares. Hacer la película, sin embargo, no es más que el punto de partida. Después de producirla, es necesario distribuirla en el circuito cinematográfico nacional e internacional, participar en festivales de cine, exhibirla en las salas y comercializarla mediante la venta de los derechos a la televisión o las plataformas *online*, entre otros procesos.

Sin embargo, los frutos de ese esfuerzo no se verán hasta que la historia llegue al público y es allí donde está el principal problema. El público colombiano, como se ha dicho, no suele ver cine colombiano, los exhibidores no se comprometen con la promoción activa del cine nacional y el Estado apoya la realización de películas pero no garantiza que se vean en condiciones competitivas. Tampoco podemos

eximir de responsabilidad a los realizadores, quienes difícilmente se conectan con los gustos de un público acostumbrado a las narrativas y técnicas de Hollywood, amo y señor del negocio del cine en el mundo.

El público colombiano ha crecido con un programa de humor hegemónico, el más antiguo de la televisión. *Sábados felices* ha marcado la pauta de lo que los colombianos consideran gracioso, lo que ha permitido sacar una fórmula comercialmente exitosa que se puede repetir una y otra vez. En la historia del cine colombiano solo siete películas han superado la cifra del millón de espectadores (cifra que fácilmente superan las cintas de Hollywood): *El paseo*, *El paseo 2*, *El paseo 4*, *Uno al año no hace daño*, *La estrategia del caracol*, *El coco* y *Rosario Tijeras*. De esas siete, solo dos se salen del patrón de comedia dirigida al grueso del público y, por el contrario, películas multipremiadas y reconocidas internacionalmente como *La tierra y la sombra*, *Todos tus muertos*, *Gente de bien* y *Siempre viva*, por solo mencionar algunas, pasan por la cartelera comercial con más pena que gloria.

Como se ha dicho anteriormente, la culpa no es del público ni de su “mal gusto”. Es evidente que hay una gran brecha entre lo que los realizadores quieren contar y lo que el público quiere ver y se trata de encontrar un punto de equilibrio. También hay que reconocer que muchas películas que ganan festivales tienen un ritmo y una complejidad que suelen ser bien recibidos en círculos intelectuales, pero rechazados por el público.

Esta situación no es, ni mucho menos, única en el cine colombiano. La hegemonía de Hollywood ha moldeado el gusto de las masas de espectadores y los productos audiovisuales suelen ser vistos y evaluados bajo el mismo modelo, pero la solución tampoco es imitar la narrativa y la técnica de Hollywood porque se corre el riesgo de entrar en el terreno de la parodia y esa es una de las razones por las



Javier Restrepo C. *Spencer Tracy y Lana Turner, El eterno conflicto*. Acrílico sobre tela. 120 x 110 cm. 2002.

que el cine de género no termina tampoco de cuajar en el país. Es muy difícil competir con Hollywood en sus propios terrenos, con presupuestos de películas que no llegan al 1% de las del país del norte.

Así las cosas, el cine colombiano sigue creciendo en volumen y en reconocimiento internacional, pero sin el favor del público. La asistencia de los colombianos a películas nacionales suele estar entre el 4 y el 8% de la taquilla, pero esta cifra no es tan positiva como parece para el conjunto del cine nacional, porque suele ocurrir que buena parte de los espectadores asiste a ver las películas cómicas televisivas que suelen estrenarse en diciembre. A pesar de la fuerte crítica que reciben estas películas, producidas para el gran público, hay que reconocer que su aporte al FDC es lo que ha permitido un aumento significativo en la producción cinematográfica nacional.

De todas formas, el balance para la producción en Colombia es muy bueno: ha aumentado significativamente el número de películas

realizadas cada año y este aumento de proyectos le ha permitido a técnicos y artistas la posibilidad de adquirir experiencia y experticia en el campo cinematográfico, lo que puede traducirse en proyectos de una mayor calidad técnica y narrativa. Adicionalmente, el cambio al esquema de producción digital de películas (después de abandonar la tradicional realización análoga) ha permitido que una mayor cantidad de personas pueda realizar sus proyectos con presupuestos modestos, pues los equipos se consiguen a precios más accesibles y el valor por copia de película disminuyó considerablemente. Igualmente, es significativo el aumento de películas producidas desde las regiones, introduciendo nuevas voces y miradas al campo del audiovisual colombiano.

El interés de las nuevas generaciones por el tema audiovisual ha ido en aumento en la última década y la formación en estos temas también ha crecido en el país. A las muy pocas opciones, hace dos décadas, hoy se opone una oferta creciente de programas especializados de formación, desde los niveles técnicos hasta los profesionales, sin contar con que una gran cantidad de realizadores colombianos se forma actualmente en escuelas de cine de países como Argentina, Estados Unidos y España. Este, sin embargo, es un campo muy nuevo y la formación académica está lejos de satisfacer las expectativas de los estudiantes y las necesidades del medio laboral, lo que implica también grandes retos para las universidades.

Los tres temas pendientes para el cine colombiano, que pueden poner en cuestión la su-puesta “bonanza” de los últimos años son: la relación entre el público y su cine, la exhibición y la distribución.

Para que el público se conecte con otro tipo de historias hace falta criterio y este se consigue mediante su formación. Tan importante como formar realizadores de calidad es la formación de públicos de calidad y esto no tiene que ver necesariamente con una oferta

de tipo académico. El aumento de programas informales de apreciación cinematográfica, una mayor variedad en la oferta y el fortalecimiento de las entidades culturales serían un buen punto de partida.

La exhibición de películas en circuitos cinematográficos obedece a una dinámica estrictamente comercial: a mayor demanda, mayor oferta. Esto se convierte en un círculo vicioso cuando la oferta es siempre la misma y la demanda no puede cambiar ante el desconocimiento de otras alternativas. En el caso del cine colombiano, el Estado debe también actuar para trascender su papel como financiador de películas y ejercer presión para que el tiempo de vida útil de las mismas no sea efímero. No tiene ningún sentido que una inversión considerable de dineros públicos (que puede llegar hasta 500 millones de pesos por proyecto) se desperdicie dando a una película menos de dos semanas en cartelera. En nuestros tiempos es necesario desmontar paradigmas y explorar nuevos canales de exhibición y distribución. Quizás en algunos años la sala de cine sea opción solo para ciertas películas.

Finalmente, el cine colombiano necesita y merece que los colombianos sepan que existe, que tiene su propia dinámica e historias, que no es un género ni todos los proyectos se parecen, que hay gran talento en todas las áreas, que tiene suficiente calidad para competir con el cine de otras latitudes y no necesitamos que un validador externo, como los premios Óscar, nos diga que aquí también se hacen películas con calidad.

Jerónimo Rivera Betancur es docente investigador en la Universidad de La Sabana en Bogotá. Dirige la Red Iberoamericana de Narrativas Audiovisuales –INA– y es colaborador habitual de los periódicos *El Tiempo* y *El Nuevo Siglo*. Es autor de los libros *La imagen: una mirada por construir*, *Narrativas audiovisuales: personajes, acciones y escenarios*, *Cine: recetas y símbolos* y *Héroes y villanos del cine iberoamericano*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.